

Comentario a un pasaje de la Eneida (1, 81-123)

La tempestad, al igual que cualquiera de los tópicos épicos, admite su consideración desde distintos puntos de vista; puede estudiarse simplemente en cuanto a su desarrollo interno, como lugar común. En este sentido contamos con trabajos como el de Heinze¹, Friedrich², Morford³, etc. Como parte integrante de un contexto más amplio se presta a estudios sobre la función del pasaje dentro de estructuras más amplias. En fin, si se sigue un proceso de abstracción progresiva, el pasaje puede pasar a ser interpretado en su valor simbólico, ayudar a la interpretación de la obra en su conjunto.

El estudio de un tópico cualquiera dentro de las pautas indicadas en primer lugar, si se enfoca con profundidad, no tiene porqué reducirse a una simple valoración de la realización del tópico, o al análisis del mismo respecto a un supuesto modelo, sino que puede conducir a conclusiones de mayor alcance, con repercusión sobre la comprensión de la obra, tal como sucede en el caso de Heinze⁴.

Los dos últimos enfoques suelen encontrarse confundidos, y el primero habitualmente se transforma en punto de partida de análisis relativos, por lo general, a la función simbólica del tópico. En esa dirección están orientados los trabajos de Pöschl⁵.

1 R. Heinze, *Virgils Epische Technik*, 3 ed. (Berlin 1915).

2 W. H. Friedrich, 'Episches Unwetter', en *Festschrift Bruno Snell* (München 1958) pp. 77-87.

3 M. P. O. Morford, *The poet Lucan* (Oxford 1967) pp. 20-36.

4 R. Heinze, o. c., p. 182 ss.

5 V. Pöschl, *Die Dichtkunst Virgils. Bild und Symbol in in der Äneis*, 3 ed. (Berlin 1977).

A grandes rasgos, esta triple actitud ante un pasaje se corresponde, en un plano distinto, con los estudios relativos a la *elocutio*, la *dispositio* y la *inuentio*; el paralelismo puede mantenerse, al menos, en un punto: así como se hace relativamente fácil operar aisladamente sobre la *elocutio* de un texto —que se corresponde con el análisis del tópico en cuanto tal—, a condición de mantener el análisis en un plano estrictamente formal, el centrarse sobre la *dispositio* supone casi siempre ocuparse de la *inuentio*, y viceversa. Ya digo que, en nuestro caso, los términos hay que referirlos al discurso total y, por ello, el paralelismo que acabo de establecer no es exacto.

Es claro que la consideración de un pasaje, de un tópico, desde la perspectiva de la *dispositio* o de la *inuentio*, nos lleva de inmediato a la selección de un contexto discursivo más amplio, que lo encuadra y, en cierta medida, lo define y ayuda a su comprensión. La amplitud de ese contexto no es definible objetivamente. Pasemos al pasaje que ahora nos interesa.

En puridad de términos la tormenta abarca los versos 81 a 123 del libro 1 de la *Eneida*. Ahora bien, su comienzo supone una intervención indirecta, ajena a los propios vientos, agentes directos de la tempestad; sin esa intervención es incomprensible la actuación de los mismos; a su vez, los versos dedicados a la descripción del fenómeno natural carecen de sentido, si se omite el mecanismo que pone fin a un fenómeno motivado, como hemos visto. Tanto el origen, como el final del episodio pueden interpretarse desde una perspectiva formal, con lo cual nos enfrentamos a un planteamiento cerrado, o significativa, funcional. Esta última actitud suele conducir irremisiblemente a consideraciones que acaban afectando a la concepción global de la obra, a valoraciones o reflexiones sobre la naturaleza de los elementos literarios. Acaba, en fin, atribuyendo significaciones abiertas a elementos aparentemente cerrados, por el simple hecho de considerarlos partícipes, y motivadores a un tiempo, de contextos más extensos.

La descripción estricta de la tormenta comprende, como hemos dicho ya, los versos 81-123. Un estudio del tópico en relación con sus modelos, e incluso con sus imitaciones,

aunque no pueda evitar las referencias alusivas a su principio u origen, y a su final, debe centrarse en la distribución funcional de los factores que lo conforman, en su realización estética. Cualquier incursión en el motivo que da pie a la introducción del tópico, o en el que recoge sus consecuencias, supone no sólo la ampliación del campo contextual, sino el cambio de enfoque. Esta ampliación, en sentido ascendente nos lleva a Eolo (v. 50 ss.), que a su vez nos lleva a Juno cuando expone las razones que le llevan a actuar (v. 34). Cuanto más nos aproximemos a las raíces del episodio, tanto más abiertas quedan las posibilidades de interpretación. Lo mismo es válido en dirección a su final y consecuencias. La conclusión de la tempestad nos lleva a incluir la intervención de Neptuno, que finaliza en el v. 156. Hemos delimitado un pasaje que comprende los versos 34-156.

De todos modos, tanto por su principio, como por su fin, los términos impuestos admiten ser ensanchados. En efecto, pueden buscarse las motivaciones últimas que impulsan a Juno a actuar en los versos 11-34, y las consecuencias ulteriores que la tormenta tiene sobre los troyanos (directa o indirectamente) en el v. 296, verso en el que concluye el discurso de Júpiter sobre el futuro de Roma. Dentro de estas dimensiones se percibe al alcance exacto del episodio Cartago-Dido, provocado por la tormenta. Al mismo tiempo, el estudio del texto, con estas dimensiones, puede enlazar con el significado básico del poema o, cuando menos, con el de la primera parte del mismo: la llamada parte «Odiseica»⁶.

El estudio de Pöschl hace consideración del texto que comienza en el verso 11 y concluye en el 296. No hace su interpretación aisladamente, sino que lo pone en relación con una parte del libro 7. Se rastrea el paralelismo entre la intervención de Juno en el libro 1 (v. 34 ss.) y en el libro 7 (v. 286 ss.). En ambos casos considera la aparición activa de Juno como el desencadenante de los cuatro primeros libros y de los seis últimos respectivamente; la tempestad se convierte en símbolo indicador del desorden en el mundo de la naturaleza, por contraposición al furor des-

6 B. Otis, *Virgil. A study in civilized poetry* (Oxford 1963) aplica el calificativo de «Odiseica» a esta parte de la *Eneida* (pp. 215-312).

encadenado entre los humanos por Alecto en el libro 7, también a instigación de Juno. Esta recurre a Alecto, en lugar de a Eolo, y le incita a que siembre la pasión bélica en las mentes de Amata y Turno. Ve Pöschl en Juno la personificación del *furor*, en uno y otro caso, por oposición al orden representado por Júpiter, y apunta a la victoria final de este último, como simbólica, en el plano divino, de la situación política del momento virgiliano⁷.

El paralelismo significativo de ambos pasajes está subrayado formalmente: monólogo de Juno de estructura comparable (1, 34-49; 7, 293-322). En el libro 1 el monólogo conduce al recurso a Eolo, y al posterior desencadenamiento de la tormenta. En el libro 7 el proceso es similar: Juno acude a Alecto (vv. 33-440), ésta atiende la petición de Juno e insinúa el odio en el pecho de Amata, Turno y los campesinos, provocando con ello el estallido de la guerra. En el primer caso la acción suscitada por Eolo, utilizando la mediación de los vientos, es un fenómeno natural: la tempestad; en el libro 7 la acción de Alecto, que se vale de las pasiones humanas, desemboca en la guerra. Ahora bien, paralelismo no implica simetría, los elementos formales cuyo paralelismo es evidente, no tienen por qué ser vehículo de significados equivalentes. Llegado este punto conviene fijar la atención no tanto en las coincidencias como en las discordancias.

En el plano exclusivamente formal, existen diferencias. El libro I comienza *in medias res*, describiendo la postura de Juno respecto a los Enéadas y Cartago. Se mencionan los hados favorables a los troyanos por parte de Juno (v. 39), aunque la entidad de Eneas y de sus hombres no es objeto de atención directa en ningún momento. Las menciones que de ellos se hacen responden a la óptica de Juno. Únicamente la frase del v. 33: *tantae molis erat Romanam condere gentem*, nos sitúa objetivamente en el relato.

El monólogo de Juno sólo nos ilustra sobre su postura ante el pueblo troyano, ante sus propias intenciones. Cuando en el verso 49 pone fin a su monólogo, la suerte futura de Eneas nos es completamente desconocida.

7 V. Pöschl, o. c., p. 13-35. Su estudio está sobre todo dedicado al valor simbólico de los comienzos de los libros 1 y 7 de la *Eneida*: «La secuencia escénica dominada por la tempestad (1, 2-296) anticipa el poema entero... anunciando los motivos básicos a la manera de una obertura».

En el libro 7 la acción ha avanzado, se conoce perfectamente a los protagonistas: Eneas y sus compañeros; además se hace la presentación del grupo antagonista: Latino, y de todos los signos que anuncian su fusión con los troyanos por mediación de la persona de Lavinia, hija de Latino. A la situación indefinida, mejor, no definida del pueblo troyano en el libro 1, y a la simple mención de su oponente: Cartago, se corresponde en el libro 7 una precisión total: la meta se ha alcanzado y se ha establecido un acuerdo con el posible, que no real, antagonista; el *fatum* se ha cumplido. Por ello el monólogo de Juno, expresa y explícitamente, reconoce la imposibilidad de evitar la fundación de Roma (v. 313 *non dabitur regnis, esto, prohibere Latinis*) acepta un simple aplazamiento en el cumplimiento del destino. Desde esta perspectiva la intervención de Juno lo que suscita es una acción, en cierto modo paralela a la acción básica, a la que temporalmente sustituye, y cuyo final se conoce. El destino no se interrumpe, se alcanza a través de una acción extraordinaria, dando a extraordinaria el valor de abundante. El sentido de la acción es perceptible antes de que comience (vv. 315-16): *at trahere atque moras tantis licet addere rebus / at licet amborum populos excindere regum*.

La situación creada por Juno en ambos pasajes es contrapuesta: abierta a todas las posibilidades de acción en el libro I, el proceso originado por la esposa de Júpiter puede llevar el relato por cauces imprevisibles; en el libro siete todo está previsto, el expediente al que recurre Juno puede modificar sólo marginalmente el plan establecido.

Los dos seres a quienes apela Juno, en uno y otro caso, encajan bien dentro de las diferencias fundamentales ya enunciadas. Eolo, agente que provoca la tempestad, divinidad del mundo de la naturaleza; Alecto, agente provocador de la guerra, demonio infernal, y en ese sentido opuesta a las divinidades superiores. Su cometido se desarrolla, de acuerdo con sus caracteres respectivos, en planos fundamentalmente diferentes: los elementos de la naturaleza y los seres humanos. En relación con ello hay que ver la caracterización neutra de Eolo, que exige un tono especialmente obsequioso de Juno cuando se dirige a él, y la defi-

nición negativa de Alecto, desde un principio, que evita a Juno justificar objetivamente su misión. Eolo domina sobre los vientos porque Júpiter (v. 60 *pater omnipotens*) se lo impuso como rey (v. 62 *regemque dedit*); Alecto es odiada por su propio padre, Plutón, le odian incluso sus hermanas del Tártaro (vv. 327-28). La naturaleza de los dos agentes encaja perfectamente en el tipo de consecuencia que su intervención va a provocar: una tormenta, una guerra.

Efectivamente, la acción desencadenada en el libro 1 por Eolo: la tempestad, es un episodio cerrado, cuyas consecuencias inmediatas son fácilmente previsibles: el naufragio; su alcance posterior, sin embargo, es imposible de determinar. El naufragio pudo haberlos llevado a la costa norte de Sicilia, haberlos aproximado a su destino; pudo también haber acabado con sus vidas. Es imposible valorar el resultado del fenómeno. De ahí su vinculación a una divinidad de la naturaleza, desapasionada, no identificada con el mal. De ahí que la tempestad tenga un final semejante a su principio y fundamentado en las mismas raíces: una nueva intervención de la divinidad. En el relato es innecesaria la aparición pacificadora de Neptuno —una tempestad tiene siempre su propio fin—, pero es imprescindible en cuanto que reduce a Eolo y sus vientos a una función equivalente, pasiva por paradójico que parezca. El *furor* no radica en los elementos de la naturaleza, tampoco el orden; la naturaleza está sometida a designios superiores que la encauzan en uno u otro sentido. La naturaleza no goza de autonomía⁸.

Intentemos trasladar el paralelismo a la escena del libro 7. Alecto interviene a instancias de Juno, inculca en los hombres la semilla del odio. La naturaleza de Alecto, como hemos visto, no es neutra, sino definida en el sentido del mal, pertenece al mundo del espíritu caracterizado por su vin-

8 No estoy, pues, de acuerdo con Pöschl en que lo demoníaco aparece en la naturaleza como destrucción y muerte; lo demoníaco sólo existe en el mundo de los hombres. Quizá en este punto sea interesante hacer ciertas observaciones sobre el símil político que ocupa los versos 148-53, y que se establece por relación a la tormenta. La plebe (v. 149 *ignobile uulgus*), centro del símil, está concebida como carente de personalidad, de autonomía de actuación; enardecida o pacífica, según quien la dirija, no es responsable de sus actos, necesita un *rector*; su comportamiento depende de él. Estamos ante el consabido concepto aristocrático de la historia.

culación al bien o al mal. Su actividad tiene consecuencias previsibles, en sí mismas nefandas: la guerra. Y, a diferencia del fenómeno físico, la guerra no termina sino cuando la finalidad perseguida, o la aniquilación del contrario, se ha consumado. Las pasiones del hombre no son controlables, como lo son los vientos; sembrado el germen de la discordia, son los propios hombres los que rigen sus propios destinos. La divinidad puede intervenir para encauzar el resultado en una dirección u otra, pero son los hombres quienes consuman el hecho. Las intervenciones de Júpiter a lo largo de esta segunda parte de la *Eneida*, se limitan a reafirmar la idea de que el final será favorable a Eneas; el final de la guerra, sin embargo, queda en manos de Eneas: sólo la muerte de Turno a manos suyas supone el fin de la guerra y de la *Eneida*.

La función de Juno, en ambos casos, es la de espoleta, la de desencadenante de la acción⁹. El hecho de que en el episodio de la tormenta su acción se vea contrarrestada por la de otra divinidad, y en el caso de la guerra esto no suceda, se debe a la distinta naturaleza de los fenómenos, diferencia que Virgilio subraya con ese recurso, entre otros.

Esa distinta naturaleza de los fenómenos del libro 1 y 7 tiene repercusiones sobre, o es consecuencia del carácter de cada una de las dos partes de la *Eneida*.

En primer lugar, los fenómenos físicos pueden actuar unilateralmente, no necesitan de una situación conflictiva en la narración, sus repercusiones pueden afectar a un solo individuo, a un solo grupo, a un solo pueblo.

Al mismo tiempo, en su carácter de episodio cerrado —con principio y fin marcados formalmente— deja abiertas las puertas a múltiples posibilidades, a infinitas consecuencias; cambia de curso la acción, apenas insinuada todavía, sin definir cuál va a ser el sentido que va a tomar a conti-

9 Me inclino a ver, de acuerdo en ello con Lesueur, en Juno a una divinidad sometida a Jpiter, no contrapuesta en el mismo plano. Este aspecto no está muy claro en Pöschl que tan pronto nos dice (p. 16) que la acción, en su sentido más elevado, se realiza entre Júpiter y Juno, como un poco más abajo, que la diosa apasionada está controlada por Júpiter, el señor del mundo, que domina sobre el sufrimiento y la pasión. Júpiter, es cierto que ofrece la seguridad de que el *fatum* se cumplirá, pero no interviene activamente para conseguirlo. R. Lesueur, *L'Eneide de Virgile. Étude sur la composition rythmique d' une épopée* (Toulouse 1975) pp. 65-66.

nuación. Todos los fenómenos naturales gozan de esas características, no hay más que pensar en lo trivial que llega a ser el recurso en las novelas de aventuras¹⁰. A partir de ellos todo es posible. En el v. 156, final de la tormenta, nada está decidido, todo está en el aire. La intervención de Júpiter (vv. 255-96) lo que hace es reducir las posibilidades del resultado final, dejando el campo abierto a todo tipo de sucesos, de «aventuras», antes de alcanzarlo. En ese sentido, la primera parte de la Eneida cuenta con un inicio adecuado a una narración de estructura abierta; la tormenta prefigura cuál va a ser el carácter general de los seis primeros libros.

En el libro 7, el carácter del episodio suscita una diferenciación con respecto al primero. Los fenómenos humanos implican siempre dualidad, exteriorizada o interiorizada. El desarrollo de los mismos es inconcebible sin la intervención de dos o más parte en conflicto. No actúan sobre elementos ajenos a ellos, repercuten sobre sí mismos. Aunque su comienzo puede estar motivado, su evolución posterior escapa a controles externos; desencadenan sus propios mecanismos.

La tragedia sólo puede darse en la dualidad. Cuando Virgilio (7, 43-44) dice *maior rerum mihi ordo nascitur/ maius opus moueo*, no se está refiriendo a que la guerra constituye un tema de tradición épica arraigada, dentro del *genus graue*, sino a que ha entrado en el terreno de la tragedia¹¹. La guerra ocupará la segunda mitad de la *Eneida*.

La tempestad se utiliza, no en sí misma, sino por la cantidad de episodios a que puede dejar paso. La guerra constituye, por sí misma, objeto de interés narrativo, lleva inherente la solución a los conflictos planteados. Los elementos de la naturaleza sólo adquieren valor narrativo, en sí mismos, cuando el hombre se enfrenta a ellos conscientemente, cuando deja de ser una simple víctima de ellos, cuando la dualidad presente en el mundo del espíritu se traslada al terreno de la naturaleza.

En el sentido de todo lo anterior, la tormenta del libro 1, independientemente del valor simbólico que pueda atribuir-

10 Pöschl, o. c., p. 13. n. 1, hace notar la frecuencia del recurso como símbolo inicial en las obras de Shakespeare y en las óperas.

11 B. Otis, o. c., pp. 320-21.

sele, no pasa de ser un mero recurso literario que permite introducirnos en el conflicto central a la primera parte de la *Eneida*: el episodio de Dido y Eneas. La guerra, en el libro 7 constituye la acción nuclear de toda la segunda parte de la *Eneida*. La simetría no existe. El fenómeno desencadenado por Alecto, desarrollado a lo largo de seis libros, lleva implícita la solución al conflicto: la muerte de Turno a manos de Eneas¹², perfectamente consciente de lo que hace, sólo encuentra paralelo en el abandono de Dido, por parte de un Eneas totalmente responsable de sus actos. En uno y otro caso se ha eliminado al antagonista que imponía demoras a la gran empresa de fundar Roma.

CARMEN CODOÑER
Universidad de Salamanca

12 W. Clausen, 'An interpretation of the Aeneid', en S. Commager, *Virgil. A collection of critical essays* (New Jersey 1966) pp. 75-88, interpreta el brutal final de la *Eneida* como un indicio de pesimismo y melancolía que invade todo el poema, con menor o mayor intensidad.